

MARIO ESCOBAR



EN EL NOMBRE
DEL PADRE

En el centro de la ciudad de Oviedo, nadie tiene secretos para nadie. ¿O tal vez si los tengan? Hay novelas imposibles de dejar una vez que has comenzado, historias que llevan el suspense a su estado máximo y hacen dudar al lector cada vez que termina un capítulo. En este *thriller* absolutamente original y adictivo, Mario Escobar rompe los límites de la intriga psicológica con un relato que explora las frágiles fronteras entre la verdad y la mentira.

Librada Marín, una mujer viuda de un antiguo minero sindicalista, revuelve sus viejas fotos cuando encuentra la de una joven monja que le marcó en al dura época de la escuela. Librada había llegado con sus padres desde Granada, escapando de las represiones franquistas. Sus padres tuvieron que ingresarla en un internado religioso a las afueras de la ciudad. Allí, el único cobijo y ayuda que recibió fue de una joven monja llamada Inés, que apareció asesinada poco tiempo después. Ahora, casi nadie recuerda aquel crimen sin resolver, ocultado por la Iglesia, para esconder un secreto mucho peor.

Priscila, la nieta de Librada, es todo lo contrario a ella. Conservadora y religiosa, pero continua en paro después de haber terminado las carreras de criminología y derecho. Es, además, la única que la visita regularmente, ya que Librada odia a su hija, Laura, aún más conservadora que Priscila, casada con un concejal de un partido extrema derecha. Nieta y abuela comenzarán a investigar en los archivos de la Guardia Civil y del viejo archivo del Cuerpo de Policía Armada y de Tráfico.

A una generación de mujeres que en su mayoría debieron conformarse con ser ciudadanas de segunda clase, excluidas de la vida social, económica y política en España, pero que mostraron a la siguiente generación el camino hacia la libertad.

AGRADECIMIENTOS

A los que aman la verdad y están dispuestos a luchar por ella con uñas y dientes.

PRIMERA PARTE PASADO

1. Una mujer libre

Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera, pero sucedieron así. Librada Marín era una mujer viuda, “roja” y sentimental. No era atea porque no tenía edad. Sus padres habían querido ponerle de nombre Libertad, pero, en el registro civil de su pequeño pueblo, Guadalix, el funcionario se negó a inscribirla con aquel nombre. “Eso es de rojos”, les dijo y se quedó tan contento, como si ellos no lo fueran, ¿qué otra cosa podían ser un ayudante de carpintero y una ama de casa en el año 41? Aunque nadie se atrevía a significarse políticamente tras la guerra. Al menos esa era la historia que siempre contaba a su nieta Priscila, una chica guapa, rubicunda, deportista y de derechas. Parecía una de las muchas niñas ricas de Oviedo, una ciudad mojigata y provinciana que siempre había representado a la España conservadora, católica y melancólica. Vetusta, la había llamado Leopoldo Alas “Clarín” a su querida y odiada ciudad.

Aquella aburrida mañana de lunes Priscila había acudido a la librería de la ciudad, un edificio de tres plantas moderno, como un “Corte Inglés” del libro y cuando estaba en su sección preferida de novela le sonó el teléfono. Miró azorada la pantalla azulada y vio que era su abuela. Se echó a temblar, Librada no era una abuela al uso, de esas que te hacían bizcochos en tus cumpleaños y galletas por Navidad. Su abuela era una mujer muy intensa, tanto que a veces intentaba ignorarla para que no terminase absorbiendo toda su lánguida vida.

La joven tomó el teléfono con desesperación ante la mirada de desaprobación de los lectores que hojeaban los libros y comenzó a susurrar.

—No puedo hablar contigo. Estoy en la librería Central, luego te llamo.

—¡Qué coño! ¿Ahora tampoco se puede hablar en las librerías? Me recuerda a cuando no me dejaban hablar en misa. ¡Por Dios! Los “millennial” sois de lo más cursi.

—Luego te llamo.

—No, vente para aquí, tengo algo que enseñarte. Es importante.

Priscila sabía que para su abuela todo era importante y urgente. No sabía si era porque a sus setenta y nueve años sentía que le quedaba poco tiempo o simplemente seguía viéndose como el centro del mundo. Al final bajó las escaleras, saludó a la dueña del edificio, una mujer pequeña y regordeta, que llevaba su bata blanca como si estuviera operando a corazón abierto, y salió a las gélidas calles de la ciudad invernal. Tenía que reconocer que le gustaba el clima. El año pasado había cursado un máster en criminología en la universidad de Miami y no soportaba aquel calor pegajoso y sofocante. Había regresado con su flamante tercer título con la esperanza de encontrar trabajo en la ciudad, pero en Asturias no había futuro para nadie, al menos eso decía su abuela y no le faltaba razón. Los pocos que encontraban un puesto decente lo hacían gracias a los enchufes de cuatro caciques que seguían gobernando el Principado. Su madre le había prometido que la enchufaría en la Diputación, pero su nuevo marido, Alberto de Toledo no había ganado las elecciones con su partido de ultraderecha y se había quedado sin un puesto. Una amiga le había hablado de un trabajo en el nuevo Aldi de la ciudad, pero qué hacía ella con dos carreras y un máster trabajando en un pequeño supermercado.

En unos minutos llegó al edificio cochambroso y en ruinas en el que vivía su abuela desde hacía más de cincuenta años. En otra época fue un edificio para familias burguesas, pero a medida que la zona se deterioró se convirtió en un lugar poco recomendable. Priscila subió por las desgastadas escaleras de madera, no se fiaba demasiado del ascensor. Cuando llegó a la última planta jadeaba y tuvo que pa-

rarse unos segundos antes de llamar al timbre. Su abuela abrió de improviso y ella dio un respingo.

—¡Abuela, por Dios! Casi me muero del susto. ¿Es que tienes algún tipo de detector?

—Cuando los drogadictos y los camellos intentan instalarse en tu descansillo, una desarrolla un sexto sentido para estas cosas.

—Ya veo.

Entró en la casa, en muchos sentidos era como introducirse en un agujero negro o un túnel del tiempo. Librada tenía su vivienda exactamente igual que cincuenta años antes. El único aparato moderno era una televisión de pantalla plana y un ordenador portátil que se había comprado un año antes.

—Esto de internet es una maravilla. Te lo aseguro, estaba viendo unas fotos en Facebook y, de repente, he encontrado un grupo de mi colegio, ya sabes el Sagrado Corazón de las Hermanas Carmelitas.

—¿Todavía hay alguien vivo?

Su nieta era muy bromista y por eso Librada no le hizo caso, se sentó con dificultad en la silla y esperó a que su nieta la acompañase.

—Eres muy graciosa, ¿lo sabes? No sé quién habrá hecho el grupo. Te aseguro que las pocas amigas que me quedan aún con vida no tienen ni idea de ordenadores.

Priscila miró la pantalla, en la parte superior se veía la fachada principal del edificio que había sido abandonado un par de décadas antes. Corrían todo tipo de leyendas sobre aquel edificio y el convento, pero como casi todo en la ciudad era producto de la crítica y la exageración.

—El colegio estuvo abierto hasta 1989 y el convento hasta el año 2000, seguramente la página la ha creado alguna exalumna más joven.

La abuela asintió con la cabeza, después comenzó a bajar por el chat y observó algunas fotos de los años setenta y ochenta.

—¿Me has llamado para que vea tu Facebook? ¿Acaso piensas que no tengo vida?

—Claro que tienes vida querida. Con veinticinco años yo me comía el mundo. Lo que no entiendo es que haces aquí, vete a Madrid o Barcelona, a Londres o Berlín. Sabes idiomas, eres inteligente y guapa. ¿Por qué estás con el cantamañanas de tu novio?

—Fermín es un buen chico —contestó indignada la nieta.

—Fermín Escohotado es un facha, como toda su familia. Su abuelo era ingeniero de minas y dueño de dos minas de carbón cerca de Pola de Siero, además era un falangista muy conocido en la ciudad. Después de la huelga general de 1934 mató a mineros a mansalva.

—¡Por Dios, abuela! Eso fue hace noventa y seis años, no habías nacido ni tú y ya es decir.

—Yo me entiendo, la mala sangre pervive varias generaciones.

—Entonces, mi madre, ¿a quién ha salido?

—A tu bisabuela paterna, en ese caso tuvimos mala suerte.

Librada no se hablaba con su hija Laura desde hacía más de una década, aunque muchas veces se cruzaban por la calle, al menos cuando salía, porque ahora su cadera y sus piernas ya no le daban para ir a comprar o darse un paseo por la calle Palacio Valdés. Lo cierto es que apenas echaba nada de menos del mundo exterior, ya no reconocía la ciudad y poco a poco desaparecían sus viejas amigas. Su pasado se borraba como si fuera un mal sueño o la niebla que se disipa bajo la luz insistente del mediodía.

—Bueno, centrémonos en el asunto, ya te darás algún día cuenta de que tu Fermín es un fulero. Estaba yo mirando el grupo este con la esperanza de ver una foto de la época y mira con lo que me encontré. ¿Cómo puedo llevarme la foto?

En la pantalla apareció una imagen de finales de los cincuenta en blanco y negro. En ella podía verse a pesar del desgaste de la imagen a una docena de niñas de doce años, todas vestidas con uniforme negro que casi parecía un hábito. A su lado, en la parte derecha y en la segunda fila había una monja, parecía joven, pero hasta que la abuela no aumentó la imagen Priscila no pudo verla correctamente.

—Esta es sor Inés, creo que te he hablado alguna vez de ella.

La nieta tuvo que disimular, la verdad es que no se acordaba de ninguna monja con aquel nombre. Su abuela tenía la costumbre de repetirse constantemente y a veces ponía el piloto automático, para no aburrirse.

—Sor Inés era una monja increíble. Guapa, culta, buena... Casi no parecía monja, porque la mayoría eran unas amargadas y malas bestias. Sobre todo sor Teresa, la directora del colegio.

—¿Por esto me has llamado? He quedado con mi novio para ir al cine, en media hora.

—¡Coño, cállate y escucha! Desde Lo que el viento se llevó no se ha sacado nada bueno en cine, al menos yo no lo he visto.

—Creo que deberías actualizarte y cuidar el vocabulario.

—No me seas beata, que soy tu dulce abuela —bromeó la mujer. Después tocó con los dedos el monitor, como si intentara acariciar el rostro de sor Inés.

—¿Qué le pasó?

Los ojos de Librada se humedecieron un poco, a veces recordar era extremadamente difícil. Cuando a uno únicamente le queda el pasado, los recuerdos son la tabla de salvación y una condena al mismo tiempo.

—Murió, bueno, peor aún, primero desapareció, fue todo muy extraño, nunca se aclaró realmente.

—Una monja desaparecida en el año 1951, seguro que fue un escándalo.

—Eso fue lo más misterioso de todo. Apenas se hicieron eco los periódicos y nadie quiso hablar del tema. ¿No te parece extraño? Yo era una niña, pero me quedé impresionada. El último ser en el mundo que merecía que le sucediera algo malo era sor Inés.

—¿Y qué quieres que haga yo?

La anciana se encogió de hombros y de repente perdió la fuerza que le caracterizaba. A Priscila le pareció ver el rostro de la niña triste y aconplejada que fue. Hija de “rojos”, tullida y viviendo en una tierra extraña.

—Quiero que averigües lo que le sucedió. Tenemos que hacerle justicia. ¿No crees?

—Su desaparición se produjo hace cuánto, ¿cincuenta años? ¿Cómo voy a descubrir qué le pasó?

—¿No eres criminóloga?, pues ya tienes algo que investigar. Estoy convencida de que no fue un accidente, que su desaparición fue provocada. Sucedian cosas muy raras en ese convento, te lo aseguro.

—A veces es mejor no remover las cosas —comentó Priscila.

La mirada de su abuela le hizo comprender que no se conformaría con otra cosa que una investigación, aunque fuera superficial. Descargó la imagen. Se la envió a su teléfono y se puso en pie.

—Está bien, no te prometo nada, echaré un vistazo, haré algunas preguntas. El “pánfilo” de mi novio tiene un amigo en el obispado, seguro que él puede ayudarme a acceder a los archivos de la época, un asunto así no le interesa a nadie casi sesenta años después.

Priscila dio un beso a su abuela, a pesar de ser un poco gruñona y pesada era una mujer increíble. Había logrado sobrevivir en un mundo muy hostil y formar una familia. Continuaba anclada en su pasado, aquella España que ya nadie reconocía, de azules y rojos, guerras civiles y revancha.

Librada acompañó a su nieta hasta la puerta, se despidió de ella en el rellano y mientras regresaba por el pasillo en penumbra hacia el salón sintió un escalofrío. Aquellos oscuros años en la escuela del Sagrado Corazón habían sido muy difíciles, sus padres la habían internado con la esperanza de que pudiera estudiar, pero la atmósfera de aquel lugar a las afueras de la ciudad, rodeada del temor a la muerte, el castigo de las monjas y sus compañeras, la hicieron sentir incómoda. Aún podía percibir el viento rugiendo tras las paredes de piedra, y si cerraba los ojos los fantasmas que se desdibujaban en el inmenso y oscuro jardín parecían tan reales como la foto que tenía ante sus ojos. Sor Inés fue un poco de luz entre tanta oscuridad y estaba dispuesta a que esa luz volviera a brillar en su vida. Se lo debía a la hermana y sobre todo a un mundo que estaba a punto de desaparecer para siempre.

2. Risilencia

Oviedo, otoño de 1951

La primera vez que Librada vio a sor Inés sintió que su mundo cambiada de repente. Llevaba poco más de un año en el centro sufriendo los ataques de sor Teresa, la directora y otras monjas de la orden. Sus padres habían tenido que internarla para no preocuparse por su manutención, que se curara de la tuberculosis leve que llevaba meses arrastrando y pudiera estudiar. Los domingos solían ir a verla, aunque no todos. Su madre estaba interna en una casa y su padre trabajaba en Gijón, en una ampliación del puerto que ya había costado la vida a varios trabajadores.

Aquella mañana fría de lunes el viento soplaba con fuerza y las hojas amarillentas de los árboles comenzaban a alfombrar el jardín. En el verano había podido estar con una tía suya que vivía en Granada. Sus padres la habían metido en un tren y se había pasado casi doce horas de viaje, toda una aventura para una niña de once años. Ahora echaba de menos la calidez y alegría de sus familiares del sur, entendía más su carácter y por qué Asturias le parecía tan melancólica y fría.

—¿En qué está pensando la señorita? —le preguntó de repente sor Teresa, que además de profesora le daba la asignatura de religión.

—En nada, sor Teresa, lo siento.

Librada sabía que era mejor no llevar la contraria a la monja, una fascista de tomo y lomo.

—¡Sal!

La pobre niña se levantó del banco con las piernas temblorosas y se quedó enfrente de la profesora.

—Extiende la mano.

Sabía lo que iba a suceder a continuación, pero eso no evitó que imaginase el dolor durante y después del castigo.

—Las niñas rojas son todas unas muertas de hambre y unas desagradecidas. Les damos pan y educación, las tratamos como a unas verdaderas señoritas y ellas nos lo pagan de esta forma. Ya lo decía el gran psiquiatra Antonio Vallejo Nájera: “El comunismo no es una ideología es una enfermedad”. Yo te voy a sacar el “gen rojo” a palos.

La mujer tomó la regla de madera de la mesa y comenzó a golpear a la niña en la palma de la mano. Los castigos corporales eran muy comunes en todos los colegios en aquel tiempo, pero la profesora se ensañó hasta que vio brotar la sangre.

—Librada vete ahora mismo a enfermería para que te curen eso. No quiero que se te infecte y ya tengas excusa para no ir a clase —dijo sor Teresa, que parecía totalmente impasible al sufrimiento de la alumna.

Mientras la niña salía de clase escuchó que decía la profesora.

—Los padres de niñas como esta mataron a muchos buenos españoles, pero ahora no les queda más remedio que purgar sus culpas. Espero que hayáis aprendido la lección.

La niña se dirigió hasta dirección y llamó a la puerta de la enfermería. Escuchó una voz que le pedía que pasara y entró.

Sor Elena era una de las monjas más jóvenes y no destilaba el odio y la inquina de las otras religiosas.

—¡Dios mío! ¿Quién te ha hecho esa salvajada?

—Sor Teresa —contestó la niña entre lágrimas.

La monja se santiguó y le pidió a la niña que se sentara en la camilla.

—¡Virgen Santa! Pero si eres una niña, a la directora a veces se le va la mano. No la culpes, vivió los rigores de la guerra. Los rojos entraron en el convento de las carmelitas

de Valencia. Fue una de las pocas que sobrevivió, pero los soldados se ensañaron con ella.

—Yo no he hecho nada malo.

—Lo sé, pequeña, pero a veces los hijos pagan los pecados de los padres.

La enfermera comenzó a aplicar yodo en la herida después de limpiarla y acto seguido le puso una venda blanca y limpia.

—Esto te aliviará, pero ven mañana para que te cambie la tira y te limpie la herida, tienes las carnes abiertas. No te mojes la venda.

La niña tenía los ojos llenos de lágrimas, la mujer buscó entre sus bolsillos un caramelo y se lo entregó.

—Dios aprieta, pero no ahoga, pequeña Liber.

Aquella monja era la única que usaba su apodo cariñoso.

En aquel momento la puerta se abrió y la niña vio a una monja tan joven como sor Elena, pero mucho más guapa. A pesar del áspero hábito de color negro, su rostro angelical parecía desprender una paz infinita. Al sonreír dos hoyuelos se esculpieron en sus blancas mejillas. Sus ojos redondos y verdes eran los más expresivos que había visto jamás.

—Buenos días, sois sor Elena.

La hermana se puso en pie y saludó a la recién llegada.

—La misma, usted tiene que ser sor Inés, la estábamos esperando desde hace una semana.

—Lo siento, pero había unos asuntos familiares que me han entretenido en Córdoba: mi tía está muy enferma.

—Lo lamento —comentó la enfermera.

—Le ronda la muerte, pero rezo por ella todos los días, espero que se ponga a bien con su creador.

Sor Elena la miró extrañada.

—¿Vuestra tía no es creyente?

La incredulidad era una excepción en aquellos días, las pocas personas que eran ateas o agnósticas se cuidaban mucho de hacerlo público.